

Respecto a formas de tratamiento, mi querido Cardoso Pires, tu hermosa lengua posee un número considerable, para desconcierto del turista optimista que aterrizó en el aeropuerto de Lisboa pertrechado de su tranquilizador *I Speak Portuguese*, y para pánico del aprendiz voluntarioso, que ha hecho un curso rápido de *Portuguese em 4 Semanas*. Un número tan considerable que —aseguraba el lingüista Luis Lindley Cintra, tu compañero de oposición a aquel Salazar que parecía inmortal (y que en tiempo de bocas y plumas amordazadas immortalizaste realmente convirtiéndolo en el fósil protagonista de tu «fábula» *Dinosauro Excelentísimo*)— no deja a tu lengua detrás de ninguna otra de Europa, y ya parece que en el mundo sólo la supera en esto el japonés.

Bien puede decirlo una persona que, como yo, con la arrogancia aprendida en el manual de gramática y convencido de que el *Você* (que en mi lengua es *Lei*) servía para todo, se enfrentó cándidamente un día a la infinita babel jerárquica de las formas de tratamiento que el portugués prevé. Y así le aconteció oír a un muchachito en la calle, jugando a la pelota en el patio de una iglesia de Alfama, reaccionando contra su compañero de juego, demagoguando individualista: «*Você devia ter-me passado a bola, eu palerma*». O en una educadísima discusión conyugal de matrimonio pequeño burgués, oír la siguiente perla lingüística pronunciada por el marido: «*A minha tenha paciência, mas nao estou de acordo consigo*». O aquella señora de cierto tono, que llamada «Doña Josefa», y no «Señora Doña Josefa», como su clase exigía, consideró al pobre visitante extranjero poco menos que un verdadero troglodita.

Esto por no hablar de cuando en las for-

Tú, Lisboa, usted, Lisboa, señora doña Lisboa

ANTONIO TABUCCHI

mas de tratamiento, para complicar las cosas, se desliza el subrepticio diminutivo, de uso muy frecuente y con las acepciones más insustituibles que pueda uno imaginarse: ternura, familiaridad, confidencia, igual que en ciertos casos inferioridad jerárquica o serviles atenciones hacia el superior. He aquí una frase pronunciada durante la no remota guerra de África entre Portugal y sus «Provincias Ultramarinas», Angola y Mozambique. Me la contó el antropólogo y escritor José Cutileiro, alto funcionario de la Unión Europea de Bruselas, donde ciertamente vive confortado entre el *Vous* de la Revolución Francesa y el *You* de los pragmáticos albiges. En este caso el personaje era un cabo y el destinatario el oficial de la compañía: «*Meu capitão, a metralhadorzinha está prontinha*». Lo que permitió al capitán, gracias a los diminutivos, percibir inmediatamente que podía contar con aquel cabo sin la menor duda: estaba totalmente a su servicio.

Vete tú a saber cómo conseguía zafarse el snobísimo Beckford refugiado en la Lusitania entre la aristocracia portuguesa de la época (a la cual, por otra parte, reservó siempre un desprecio arrogante, como revela en su diario). Con su insuficiente *You* debió de cometer un montón de ver-

gonzosos patinazos. Me agrada más pensar en Fielding, a quien aconteció pasar por Lisboa y allí morir (enterrado que está en el Cementerio Monumental) y cuya ironía, atenta a los matices lingüísticos de las clases sociales, lo orientó seguramente por el laberinto de las formas de tratamiento.

Formas de tratamiento, Lisboa

Como bien sabes, mi querido José (y lo recuerda afectuosamente en este *Diario de a bordo*), también yo deambulé por el puente de la nave «Lisboa», no sólo con los pies, sino sobre todo con los pasos de la fantasía, las impresiones, sensaciones y recuerdos. Aquel recorrido mío, bastante ilógico, que preferí llamar «alucinación», se convirtió en un libro titulado *Requiem*, que escribí en tu idioma. No tanto por capricho como porque, para hablar de Lisboa (y para vivirla), el portugués se impone. Tal vez haya sido esa mi manera de rendirle homenaje. Sin embargo no tuve coraje para interpretarla, ni fui capaz de encontrar alguna forma de tratamiento para decir: «Lisboa». Yo, toscano de mi maritima Toscana, me enamoré de tu ciudad cuando era joven, y ella, una señora ya de cierta edad, y fui aprendiendo con esfuerzo los sonidos a veces roncós, a veces de sirena, que tan bien describes en este libro,

pero no sabía de qué manera dirigirme a ella. ¿Excelentísima Señora Doña Lisboa? ¿Querida Doña Lisboa? ¿Amiga Lisboa? ¿Qué pronombre personal utilizar? Ante la dificultad, desistí.

Tú tratas a Lisboa de tú, y puedes hacerlo. Es tu compañera. Como una vieja abeja visitas su cáliz. Es por eso que su flor continúa floreciendo a través de los siglos en la literatura portuguesa: porque hay escritores y artistas como tú, que no sólo se acuerdan de ella cuando están en la cima, sino también en los momentos más oscuros de su existencia, que atravesaste con ella.

Seco, sonoro como el estallido de una vela, así es el estilo de tu *Diario de a bordo*, muy alejado de esa escritura colorista que, revistiendo de ropa reciclada cierto «realismo mágico», intenta el éxito fácil describiendo Portugal como un país sudamericano de opereta, apoyándose en lo «pintoresco», que tanto gusta en el extranjero (*Portugal is different*). Levantas el ancla a tu Lisboa como un velero del cual eres al mismo tiempo piloto y escribano de a bordo. Porque es verdad que tu ciudad, «*pousada no Tejo como uma cidade que navega*», en otro tiempo se hizo a la mar y se adentró en los océanos a la aventura. Y contorneó África, visitó Indias y Malacas, descubrió Brasil. En suma, «*por mares nunca dantes navegados*», como dijo Camões, llevó Europa al mundo y el mundo a Europa.

En esta Lisboa también yo quiero embarcar, aunque sea con un oficio humilde, que mucho me agrada: de grumete, encargado de sacarle brillo a los latones. Si no te importa, subiré contigo a este velero, que aparentemente está anclado, pero que todavía viaja, viaja.

Nota: Este texto fue escrito, originalmente en portugués, como prefacio a las ediciones italiana y alemana del libro *Lisboa diario de a bordo*, editado en castellano por Ananza Editorial.